



Nuestro Dios y Otros Dioses

Como pueblo hablamos de “nuestro Dios,” imaginando que todos tenemos la misma idea, que todos queremos decir lo mismo con el término. Los pueblos del pasado tenía su significado de “nuestro Dios,” y los pueblos del presente también dicen “nuestro Dios y otros Dioses” imaginando que su concepción es la única verdadera—todas las otras, infieles, falsas. La Gran Guerra fue peleada entre los así llamados pueblos cristianos, que en lo que respecta a tener en cuenta la Cristiandad, deberían haber estado adorando al mismo Dios, y guiando el pensamiento y la acción por los preceptos atribuidos a ese Dios. Pero ¿no es verdad que nuestros teólogos y los teólogos de esos pueblos en Guerra con nosotros dirigieron peticiones al mismo “Nuestro Dios,” para traer éxito a sus esfuerzos contra otros pueblos que adoraban al mismo Dios? Parecería haber entonces una multiplicidad de Dioses, o de lo contrario algo equivocado en las concepciones de nosotros.

Si nos preguntamos individualmente, “¿Qué quiero decir con el término Dios?” quizás todos diríamos: “Lo más elevado que hay.” Pero ¿queremos decir lo más elevado que hay? ¿Queremos decir ese gran poder que sustenta a todos los seres, todas las formas, y que por su mismísima naturaleza y por nuestra contemplación de ella debe aparecer como infinito, como eterno, como inmutable? Si queremos decir eso, entonces tendremos que enmendar una gran cantidad de muchas otras ideas generalmente connotan con el término Dios. Por ejemplo, tendremos que abandonar la idea de un ser enteramente fuera de nuestros cálculos. Hemos pensado que esa fuente y sustentador de todas las cosas, todos los seres, desde el comienzo de los tiempos y en todos los tiempos, es un ser; que la cosa en nosotros que se extiende más allá de todo lo físico, más allá de todo lo pensable, está fuera de nosotros mismos. ¿Cómo podría ser posible? ¿Cómo podría ser posible probar que este Dios es un ser que existe en algún cielo lejano desconocido para nosotros y separado de nosotros? ¿Cómo podemos imaginar un ser omnipresente, y al mismo tiempo separado de nosotros o de alguna cosa? Si la Deidad es infinita y omnipresente, no hay un grano de arena ni un punto de espacio vacío en ningún lugar donde no esté la Deidad. Y ¿cómo además podemos dar a la idea de Deidad, atributos—tales como estar enojado o complacido, ser premiador o castigador, ya que todos los atributos que le damos es una limitación y excluye la idea de omnipresencia? Ningún ser podría ser el origen, el sustentador, la fuente de todo lo que era, es o alguna vez será. Todo ser, sin importar lo grande que sea, está contenido y limitado en el espacio; ningún ser puede ser omnipresente.

Hay eso que está más allá de la palabra, más allá de la descripción, y más allá de la concepción—lo más elevado que hay en el universo. Pero ¿hemos de mirar afuera en los cielos, en el mar, en los lugares secretos de la tierra, en algún lugar que sea; o hemos de encontrarlo en un lugar mucho más cercano, es decir, dentro de nosotros mismos? Porque todo lo que alguien puede conocer de Dios, o el Altísimo,

es lo que conozca de sí mismo, a través de sí mismo y por sí mismo. No hay ningún otro lugar de conocimiento para nosotros. Sin embargo al mismo tiempo tenemos que percibir que Dios, o la Deidad, no está ausente en nada, es immanente en el todo, es omnipresente, está en la raíz y es la semilla de todo ser de toda clase en cualquier lugar; que no hay cosa, ni siquiera un grano de arena ni un partícula de polvo, ningún punto en el espacio, ausente de esa Fuente que sustenta todo el universo manifestado. Podemos imaginar, entonces, a ese Dios, como lo ponían los antiguos, “sentado en los corazones de todos los seres;” porque hay algo en el corazón del hombre de donde proceden todos los sentimientos, toda la vida verdadera, toda concepción verdadera. El corazón no es lo mismo que la cabeza—el corazón de un hombre puede tener la razón y su cabeza puede estar equivocada. El sentimiento de lo verdadero en el corazón no es engañado por este pensamiento, o ese pensamiento o el otro pensamiento; solo puede ser experimentado por cada uno por sí mismo dentro de sí mismo. Dios no es un Dios externo, pero ha de ser buscado en lo más recóndito de nuestra propia naturaleza—en la cámara del silencio, el templo, dentro de nosotros—y en ningún otro lugar.

Pensamos que nuestra civilización actual trasciende por lejos cualquier civilización pasada que haya alguna vez existido, sin embargo hay registros y reliquias de artes, ciencias, de conocimiento, de religión, de filosofía tales que aún no hemos dominado. No somos sino un pueblo joven, en realidad. No hace muchas centurias desde que el Fundador de la Religión Cristiana vivió en la tierra, y hubo muchos miles de centurias antes de eso. La gente que vivió en el curso de esas centurias sabía mucho más que nosotros. Sabían, como podemos saber nosotros, que no hubo tal cosa como la creación. Ningún ser creó la tierra, o sus condiciones. Este planeta, o cualquier otro planeta, nunca fue creado por algún ser. Este sistema solar y otros sistemas solares no fueron creado por ningún ser. Algo los produjo. Si, y es posible entender cómo se produjo esa producción! Por evolución—siempre un desplegar desde adentro hacia afuera—desde la mismísima raíz de todo ser, desde la Deidad, el Alma de todos, el Espíritu de todo. El Espíritu es la raíz, el sustentador, la energía que produce la fuerza para toda la evolución que ha continuado. Todos los seres en el universo son un producto de la evolución—todos de la misma idéntica raíz del ser, todos extrayendo sus poderes de expresión de la única Fuente. Todos son rayos desde y uno con ese Principio Absoluto, que es nuestro mismísimo Yo—el Yo de todas las criaturas.

¿Y qué será de todos aquellos seres que fueron el Yo en proceso de evolución, que alcanzaron una comprensión de esta verdad eras y eras antes de la civilización actual? ¿Qué sucedió con ellos? ¿Se han perdido todas sus esperanzas y temores? ¿Cuál es el significado de esas razas, esas civilizaciones—fue la muerte para ellos cuando su civilización terminó como debe terminar la nuestra, ya que con la seguridad de que tuvo un comienzo, así tendrá un final? Con la misma seguridad de que hay esos ascensos y caídas en las civilizaciones, así hay un ciclo de tiempo a través del cual va el hombre consciente, y un ciclo de forma que el hombre consciente anima, usa, y abandona—para tomar otro—de civilización en civilización. Cuando, entonces, buscamos en nosotros los resultados de las civilizaciones que han existido, y tratamos de entender las condiciones de la civilización actual, tenemos que ver que la gente del mundo de hoy son exactamente los mismos que pasaron a través de esas civilizaciones antiguas, las abandonaron, y sumaron cualquier clase de conocimiento o de ignorancia, de

verdad o de error, que habían ganado durante esos vastos períodos de tiempo. Porque la LEY rige en todas las cosas y todas las circunstancias, en todo lugar. Hay una ley de nacimiento—de vidas sucesivas en la tierra, cada vida el sucesor y resultado de la vida o vidas que precedieron. Lo que sustenta al hombre, acumula toda experiencia, la retiene, la suma, e impulsa la evolución, es el Único Yo inmutable, eterno, inmortal—el perceptor real, el conocedor real, el experimentador real en todos los cuerpos, en todas las formas.

El Yo es su propia ley. Cada uno es el Yo, y cada uno—como Yo—ha producido las condiciones bajo las cuales se encuentra. Cuando el Yo actúa, recibe la re-acción. Si no actúa en absoluto, entonces no hay re-acción. Toda acción produce su re-acción de aquellos que son afectados por ellas para bien o para mal. Porque el bien y el mal no existen en sí mismos ni en nosotros, no son sino los efectos que sentimos y clasificamos como Buenos o males de acuerdo con nuestra actitud hacia ellos, lo que parece “bueno” para uno es “malo” para otro. Cuando hemos eliminado la idea de que hay un Dios que produce y sustenta el bien, y un demonio que produce y sustenta el mal, hemos llegado al hecho de la verdadera percepción de adentro hacia afuera.

Todas las civilizaciones que han existido, y en la que estamos viviendo ahora, se deben a una percepción verdadera o falsa de lo que es nuestra naturaleza real. Si queremos conocer y entender nuestras naturalezas, debemos primero entender que hay en nosotros Aquello que nunca cambia, cualquiera sean los cambios producidos por él. Nunca somos las cosas que vemos, o sentimos, o escuchamos, o conocemos, o experimentamos. No importa cuántas puedan ser las experiencias, aún permanecemos inalterables con la posibilidad de otras experiencias infinitas. Que el Yo en nosotros es inmutable puede parecer difícil de comprender para la mente occidental, que piensa que sin cambio no hay progreso; pero puede percibirse por el hecho de que nuestra identidad permanece siempre la misma en el cuerpo de un niño y a través de los cambios del cuerpo que han ocurrido desde la niñez. Si la identidad alguna vez cambiara, nunca podría observar el cambio. Solo aquello que es permanente y estable ve el cambio, puede conocerlo, puede hacerlo. Y—lo que la teología, la filosofía moderna, la ciencia moderna nunca nos han enseñado— allí está este hecho: como somos el espíritu inmortal en la mismísima raíz de nuestro ser, hemos construido para nosotros mismos muchas mansiones a través de todo el proceso de los cambios de naturaleza. La condensación gradual que continúa con cada planeta y en cada sistema solar continúa con cada cuerpo, cada forma tiene su existencia inicial como forma en el estado más fino de la materia, de la cual es condensada y endurecida al estado físico de la materia actual. Pero las experiencias ilimitables de los planos superiores, de regreso a través de todos esos cambios, están ahora residentes dentro de nosotros mismos— presentes con nosotros donde quiera que estemos o podamos estar—salvo que hayamos cerrado las puertas a ellas. ¿Por qué? Porque este cerebro nuestro, el órgano más sensible del cuerpo, debido a que se usa en nuestras modificaciones de pensamiento, está preocupado con las cosas de la tierra, en relación con el cuerpo. Un cerebro entrenado y sostenido por esta clase de pensamiento no puede registrar desde la naturaleza más elevada—desde las cubiertas más finas del alma. Pero una vez que comenzamos a pensar y actuar desde la base de estas verdades, el cerebro —que es el órgano del cuerpo que cambia más rápidamente—se hace poroso a las impresiones de nuestra vida interna. Débilmente, al principio, y con más fuerza a medida que pasa el

tiempo, comenzamos a darnos cuenta del hecho de esta experiencia interna, y —lo que es más para nosotros que todo lo demás—la continuidad de nuestra conciencia, el hecho de que la conciencia nunca cesa, sin importar en qué plano podamos estar actuando. En consecuencia, podemos tener en nuestros propios cuerpos y durante nuestra vida—no una promesa— sino un sentido, una comprensión, un conocimiento de la inmortalidad aquí y ahora!

Nos han enseñado a creer. Pero, la creencia no es conocimiento.

Nos han enseñado a creer en una fórmula, pero una fórmula no es conocimiento. Por lo tanto nos hemos extraviado en todas direcciones y hemos hecho de esta vida un horror para nosotros. Tenemos miedo a la muerte, al desastre; estamos siempre reforzándonos con alguna clase de guardia en esta o aquella dirección. Tenemos miedo de confiar en el mismísimo Dios en el que decimos que creemos. No confiaremos en Cristo. No usaremos todos los medios en los que podemos pensar para buscar por nosotros mismos. Cada uno de nosotros es Espíritu y cada uno de nosotros está usando poderes espirituales para inducir lo que llamamos bueno y lo que llamamos malo; pero la mala aplicación de los poderes espirituales, en ausencia del conocimiento real, debe conducirnos al sufrimiento. Por lo tanto tenemos que saber qué somos, y pensar y vivir a la luz de nuestras propias naturalezas reales. Entonces conoceremos la verdad dentro de nosotros mismos. Nos entenderemos a nosotros mismos y entenderemos a nuestro prójimo, y nunca volveremos a decir, “Nuestro Dios y otros Dioses,” sino el YO de todas las criaturas. Veremos al Yo como todo y en todo; actuaremos por y como el YO, porque el YO actúa solo a través de las criaturas, y veremos a todos los seres —hombre, por debajo del hombre, o por encima del hombre—como un aspecto de nosotros mismos; como seres individualizados trataremos más y más de ejercer el conocimiento espiritual que es nuestra propia herencia. Como el hijo pródigo que comía las cáscaras con el cerdo y de repente recordó la casa de su Padre, diremos: “Voy a levantarme e iré a mi Padre” Porque no hay nadie tan malvado, tan ignorante, tan pobremente dotado que no pueda hacer un buen progreso en la dirección correcta; sobre quien la luz no pueda nacer y un sentimiento de poder y fuerza y propósito surja que eliminará el miedo y lo hará un ser fuerte y servicial en el mundo de los hombres. Lejos de quitarnos a nuestras familias, nuestros deberes, nuestros negocios, o nuestra ciudadanía, este conocimiento no hará mejores ciudadanos, mejores esposos, mejores padres, mejores patriotas, si Uds. quieren, de lo alguna vez fueron antes— patriotas no simplemente de un país, sino de todo.